Zombies from outer space

Marta Elías Viana

Image not found.

Capítulo 1

Andy se cepilló por última vez su melena rubia teñida y sacudió el pelo húmedo. Procedió a aplicarse lápiz de ojos, sombra y rímel, todos negros, y a pintarse los labios de brillante carmín. Su reflejo en el pequeño y sucio espejo fue lo suficientemente satisfactorio para dar por terminado el trabajo.

—¡Venga ya, tía! ¡Aquí hay una cola que no llegaremos a ver a los Judas! —gritó una mujer con pantalones cortos y la parte de arriba de un bikini, ambos negros, que agarraba un neceser verde de plástico.

Que hubiera madrugado como ella, que estaba la primera de la cola cuando abrieron las duchas. Echó a andar hacia su tienda de campaña y, para cuando acabó de recorrer ese breve trayecto, ya estaba cubierta de polvo de nuevo. Era la incomodidad y, a la vez, parte del encanto de los festivales. Se untó de protector solar el resto del cuerpo e improvisó un porche con la puerta de tela y un par de cordones, atándolos a las tiendas contiguas. Ni en broma iba a meterse en aquel horno estando ya duchada. Lanzó su neceser sobre el colchón hinchable y se sentó en el suelo, a la sombra de su toldo.

Sus amigos llegaron cuando ya llevaba un rato tocando el primer grupo y, por lo tanto, Andy ya estaba desquiciada.

—La próxima vez me voy sola y ya nos veremos dentro.

—Joder macho, pues haberte ido —replicó Chari, la chica que la había arrastrado al festival junto a su pandilla—. A mi hoy solo me interesan los Judas.

—Pues yo he pagado la entrada completa y quiero ver a los otros —dijo Andy, poniéndose en pie y desmontando el toldo para cerrar su tienda.

—Déjalo así, que nos de sombra —pidió su amiga—. Luego ya te la cerramos nosotros.

Andy no tenía la más mínima confianza en que lo hicieran. No eran mala gente, pero iban a beber hasta desmayarse y pasarían de todo, como había sucedido el día anterior. Aun así no quería discutir, por lo que se llevó encima todo el dinero y tuvo que meterse en la tienda para recoger un poco y no dejar a la vista nada que pudiera ser atractivo. Salió sudando a mares y se despidió.

Conforme se acercaba a la entrada confluía más gente en el camino y el volumen de la música aumentaba. Respiró hondo, disfrutando por un momento de esa sensación. Era el último día y no podría volver a otro festival hasta el año siguiente. Y ese día sería el mejor porque iba a ver una vez más a su grupo favorito: Judas Priest.

Se reencontró con sus acompañantes a media tarde e iban ya arrastrándose. Ella se había tomado un par de cervezas y

planeaba tomarse alguna más, pero no a ese nivel. Quería disfrutar del concierto y, sobretodo, acordarse al día siguiente. Hacía el esfuerzo de ser agradable con ellos, aunque no estaba muy segura de que fuera una pandilla en la que quisiera encajar.

—¿Habéis cerrado la tienda? —inquirió.

—Que sí, pesada —respondió Chari, un tanto brusca—. El Rubén la ha cerrado.

—¿Yo? —preguntó el mencionado. Apenas se tenía en pie, Andy dudaba que fuera capaz de manipular un candado.

—¡Joder! ¡Voy a tener que ir ahora y van a empezar los Judas! —protestó Andy.

—¡Pues déjala abierta, ya ves! Ni que tuvieras ahí nada de valor. ¿Qué te van a robar, el maquillaje?

La chica la fulminó con la mirada y se dirigió a toda prisa al camping, abriéndose camino a empujones entre la gente. Miró el reloj. Los conciertos estaban yendo bastante puntuales, por lo que solo tenía veinte minutos para ir y volver, y la tienda estaba a una distancia considerable. Aceleró el paso y llegó en diez. Efectivamente, la habían dejado abierta de par en par. La cerró a toda prisa, maldiciendo a sus compañeros y jurando que sería la primera y última vez que iba a ninguna parte con ellos. Solo conocía a Chari del bar que frecuentaba, pero aquella

experiencia ya vaticinaba que no se convertiría en su mejor amiga.

Echó a correr de vuelta al recinto. El concierto anterior acababa de terminar y casi no quedaba nadie fuera. Estaría lleno y tendría que verlo desde el fondo, o más bien, conformarse con escucharlo a secas. Una luz en el cielo llamó su atención por un momento, pero no le prestó atención. Estaban cerca de una gran ciudad y el tráfico aéreo era abundante y continuo. Solo le importaba una cosa, y era llegar a tiempo. Se imaginaba el telón con el logo ya colgado y la emoción contenida de la gente en los minutos previos. Era uno de sus momentos favoritos y se lo estaba perdiendo por culpa de una panda de gilipollas desconsiderados.

Pasó el control de la entrada como una flecha, ya que no llevaba bolso ni nada que tuvieran que revisar, y vio en la otra punta el escenario preparado. Pero entonces no pudo seguir ignorando la luz en el horizonte, porque se había convertido en "luces" y cada vez eran más grandes. Parecían dirigirse hacia ellos. Pese a todo, se obligó a concentrarse en llegar lo más cerca posible del escenario, pero para cuando llegó a la altura de la barra ya quedaba claro que estaba pasando algo fuera de lo común. La multitud empezaba a darse cuenta de ello y se veían diversas manos alzadas al cielo, señalando las bolas brillantes.

Toda la atención estaba ya centrada en ellas y, en un momento dado, empezaron a descender. Esas cosas caían por toda la ciudad, y una se dirigía directamente hacia ellos. El pánico cundió y la gente empezó a correr en todas direcciones, temiendo alguna clase de lluvia de meteoritos. Lo que no sabían es que esa hubiera sido una mejor opción.

Andy contempló paralizada como la bola de luz se convertía en una esfera metálica que frenaba a medida que descendía hasta posarse en un extremo del recinto. Varias carpas le dificultaban la visión desde donde se encontraba, pero pudo ver cómo la gente era presa de un pánico aun mayor unos segundos después.

—¡Extraterrestres! —gritaba alguien a lo lejos.

—¡Zombis! —exclamaba otro. Sin duda algunos habían desfasado demasiado.

Andy consiguió abrirse paso a trompicones hasta la torre de sonido y agarrarse a la parte inferior de la estructura. Se concentró en no ser arrastrada por la multitud mientras esperaba a que se calmara todo para averiguar qué pasaba y volver a su tienda. Daba por hecho que el concierto se cancelaría tras aquello. ¿De qué se trataría? ¿Algunas pruebas militares fuera de control? Ya era mala suerte; podrían haber esperado un par de horas.

Pero la multitud que escapaba seguía insistiendo en los zombis y los extraterrestres. De repente, una de aquellas criaturas entró en su campo de visión. Era como el clásico alienígena gris, de cuerpo enjuto y cabeza grande, con enormes ojos negros. Pero… zombi. Cada vez había más de aquellos seres. Estaban podridos, eran de un color amarillento y se movían torpemente, aunque de forma relativamente veloz. Al menos, lo suficiente para dar caza a aquellos que tropezaban y caían al suelo. Cuando los atrapaban, uno o varios se echaban encima emitiendo un sonido a medio camino entre un gruñido y un chasquido. Entonces se veían extremidades agitándose y gritos desgarradores hasta que terminaban con él o la pobre infeliz.

Debía escapar, pero no sabía cómo. Estaba en medio de veinte mil personas. Probablemente muchas de ellas ya estuvieran muertas, pero no por ello eran menos molestas. Si no tropezaba con los cadáveres, la aplastaría la multitud enardecida. Su única posibilidad era pasar desapercibida para las criaturas hasta que pudiera correr con menos obstáculos. Quizá pudiera trepar a la torre de sonido. ¿Sabrían trepar los extraterrestres? Buscó dónde colocar el pie para iniciar el ascenso, cuando escuchó un grito muy cerca de ella.

—¡Cuidado, Birraman! —exclamó un chico de pelo oscuro

y rizado.

A escasos metros, un joven rubio de cara rechoncha y pálida y mejillas sonrosadas de los que iba vendiendo cerveza entre el público desenvainó con un grito el pequeño grifo con el que la servía y roció a uno de aquellos seres. No le causó ningún daño, pero el extraterrestre parecía algo desconcertado. Sin dejar de vociferar, arrancó la vara terminada en una banderita con luz que permitía identificarle en la oscuridad y le atravesó la cabeza a través del ojo. El ruido del ambiente no permitía captar los detalles, pero Andy estuvo segura de que el sonido que produjo fue viscoso y desagradable.

Sorprendentemente no lo mató. El alienígena se desplomó pero continuó moviéndose e intentando alcanzar la pantorrilla de Birraman. El joven extrajo la vara y volvió a clavarla como si el cráneo del ser fuera de mantequilla, empalándolo así en el suelo pedregoso.

La escena la había dejado paralizada y no reparó en que

otro de aquellos bichos estaba peligrosamente cerca hasta que unas manos de dedos largos y huesudos la agarraron por el hombro y tiraron de ella. Lanzó un grito e intentó sacudírselo de encima, pero éste la derribó. Para un observador externo, quizá hubiera sido más acertado decir que la criatura cayó accidentalmente debido a los aspavientos de la joven y aprovechó la ocasión para intentar morderla.

Unas manos grandes seguidas de unos brazos peludos aferraron al ser y lo apartaron de ella. Consiguió sentarse mientras contemplaba como el chico de pelo rizado que había advertido a Birraman retorcía el cuello del extraterrestre hasta separárselo del cuerpo. La sangre que brotó de éste era de color azul oscuro y salpicó a Andy al caer al suelo. Su salvador lanzó la cabeza, que seguía emitiendo ese sonido aterrador mientras abría y cerraba la mandíbula, contra otro zombi y la agarró del brazo, obligándola a levantarse a toda velocidad.

—¡Corre! —exclamó, tirando de ella hacia la salida.

Andy saltó como pudo sobre los cuerpos tendidos.

Algunos se movían aun. Quizá eran personas vivas y no heridas que necesitaban ayuda, pero era imposible diferenciarlos en la oscuridad.

Al llegar a la salida se encontraron con un mar de gente intentando abrirse paso a empujones. Se había formado un

cuello de botella al intentar escapar miles de personas a la vez a través de cinco pasos estrechos. Los jóvenes se dieron la vuelta y comprobaron como aquellas criaturas ganaban terreno y estaban atrapados.

—¡Sígueme! —ordenó el chico, tirando de ella hacia su derecha sin darle opción.

Se dirigieron hacia la zona de los servicios, que todavía no había sido invadida ni por extraterrestres ni por humanos. El joven se agachó.

—¡Súbete a mis hombros! —la apremió—. Te auparé hasta el techo del baño.

Andy asintió e hizo lo que le decía. Cuando estuvo arriba se aferró al borde y se puso de pie sobre los hombros del muchacho. Pasó una pierna por encima y apoyó el resto del cuerpo antes de quedar tendida y sacar la mano para ofrecérsela al joven. Se le pasó por la cabeza que no resistiría su peso y la arrastraría de vuelta al suelo, pero el chico trepó por sus propios medios y sólo la usó para equilibrarse una vez arriba.

—¿Las casetas estas llegan hasta la valla? —preguntó Andy, intentando ver el límite del recinto.

—Probemos —dijo él, volviendo a cogerla del brazo para ayudarla—. Me llamo Víctor, por cierto.

—Andy —contestó ella.

—¿Angy?

—Andy. De Andrea.

—Ah —musitó sin mucho interés, concentrado en llegar hasta su objetivo a través de los techos.

Entonces, uno de ellos cedió bajo el peso de ambos y aparecieron sobre un retrete con un penetrante olor a heces y orín.

—Joder, que puto asco —masculló Víctor, intentando ponerse en pie apoyando la menor superficie de piel posible en las paredes de la caseta.

—Shhhhh —urgió Andy. Ambos guardaron silencio y vieron pasar una sombra a través de los pequeños agujeros de ventilación de la parte inferior de la puerta. Después otra, y otra más.

Subieron a los laterales húmedos de la taza del váter, intentando no resbalar, y se pegaron todo lo posible a la pared sin emitir ningún sonido. La noche prometía ser larga.

Transcurridas un par de horas, apenas se escuchaban gritos fuera. En cambio, parecía que cada vez había más de aquellas cosas, a juzgar por los gruñidos y las sombras que pasaban sin cesar frente a la caseta.

—¿Crees que seremos los únicos supervivientes? —

preguntó Andy en un murmullo apenas audible.

—Por supuesto que no —respondió Víctor—. Tiene que haber más ahí afuera. Vendrán a rescatarnos.

Pero no parecía demasiado convencido.

Esperaron hasta el amanecer para trepar de nuevo hacia el techo y ver la situación. En espectáculo era desolador. Podían ver el escenario en el extremo opuesto del recinto, y en medio una alfombra de cadáveres entre los que vagaban cientos de aquellos seres. A lo lejos, a su derecha, se veía la gran bola metálica en la que habían llegado, y que había aplastado una de las carpas —y probablemente a todos los que estuvieran debajo—. No se veía más movimiento que el de los extraterrestres zombis.

En la salida que habían intentado tomar la noche anterior se agolpaban aún más cuerpos, la mayoría víctimas de aplastamientos. De todas formas, en el exterior había más criaturas.

—Están por todas partes —dijo Andy—. No podremos salir de aquí.

—Que importa. Mira eso. —Víctor señaló al horizonte; a la ciudad. El paisaje lo dominaban pequeñas columnas de humo diseminadas por todas partes y el mismo silencio sepulcral. El cielo despejado y el sol brillante de mediados de julio

desentonaban con el panorama apocalíptico. De repente, Andy se derrumbó.

—Mis padres… —murmuró. Llevaba horas con el cerebro caminando al borde de la cordura y el tomar conciencia de la magnitud del desastre amenazaba con hundirla. Empezó a inspirar y expirar más rápido, pensando en todo pero en nada con claridad. Víctor la agarró con fuerza del brazo.

—Eh, todos tenemos familia y amigos fuera. Tenemos que pensar que se han encerrado en sus casas y están atrincherados y vivos, y concentrarnos en salir de esta nosotros también y volver con ellos, ¿vale? —Andy asintió. A las horas en las que se había producido el ataque, sus padres debían estar ya durmiendo y con la puerta cerrada con llave desde dentro. Y su madre era la primera en levantarse, y jamás salía de casa sin ver antes las noticias. Un rayo de esperanza se abrió paso en su corazón.

—Está bien —contestó, algo más tranquila.

Su presencia había atraído la atención de los zombis más cercanos, que empezaban a agolparse a los pies de la caseta. Estiraban los brazos emitiendo ese extraño sonido, pero no parecían ser capaces de trepar. Víctor los miró con el ceño fruncido y luego miró al escenario.

—Mira, allí no hay ninguno —dijo, señalándolo con el

dedo—. Aquella área está vallada. Si las puertas de acceso estaban cerradas en el momento de la invasión, igual toda la zona de detrás está libre de esas ostias.

—¿No deberíamos salir al exterior y buscar ayuda en vez de encerrarnos aún más? —sugirió Andy.

—No sabemos lo que hay fuera. En el

tendrán

comida y bebida, y es un refugio lo bastante seguro hasta averiguar qué está pasando y si hay alguien intentando solucionarlo.

—De acuerdo. ¿Y cómo llegaremos hasta allí?

Víctor se rascó la barba de tres días y se cruzó de brazos, pensativo.

—Dentro de un váter —respondió con convicción tras unos segundos.

—¿Cómo? —protestó Andy. Después de un razonamiento tan lógico le salía con esa idea de bombero—. ¿Cómo vamos a arrancar la parte de abajo para poder levantarlo y andar con él con todas esas cosas ahí? —Señaló hacia abajo, donde había ya una veintena de zombis extraterrestres esperando que a alguno le fallara el pie y cayera.

—¡¡¡Eeeeeeh!!! —Se oyó a lo lejos. Dirigieron la mirada en la dirección de la voz y vieron unos brazos que se agitaban sobre

la torre de sonido. Allí había varias personas.

—¡Hola! ¡¿Todo bien?! —gritó Víctor.

—¡Pues con una cerveza estaríamos mejor! —respondió el chico que hablaba desde la torre.

—¡Tenemos que llegar al escenario! ¿Se os ocurre cómo? —vociferó Víctor, haciendo bocina con las manos.

Hubo unos instantes de silencio mientras todos los humanos vivos evaluaban la situación. Entonces, alguien de la torre gritó algo que no pudieron entender.

—¡Repetid!

—¡Tenéis una furgo cerca! —El interlocutor anterior, que tenía una voz más potente, vocalizó lentamente cada una de las palabras. Su pequeño y lejano brazo indicó un punto que no podían ver desde donde estaban.

—¡¿Dónde?!

—¡Mercadillo! —respondió.

Víctor miró a su alrededor. Delante tenían otra hilera de casetas de váter pegadas a una valla, y al otro lado de ésta se encontraba el toldo de uno de los puestos.

—¡Armad follón! ¡A ver si despejan un poco esta zona! —les indicó Víctor. Acto seguido se tumbó entre dos techos e instó a Andy a que hiciera lo mismo. Las criaturas no parecían ser lo bastante listas como para darse cuenta de si seguían ahí o

no al desaparecer de su vista. Al fondo se escuchó un barullo considerable. Andy pensó que ella podría ser parte de aquel grupo si hubiera conseguido subir a la torre, como era su plan inicial. Sin embargo, estaba atrapada sobre un váter portátil con un desconocido, aunque éste le hubiera salvado la vida.

Transcurrieron unos minutos en los que no podían saber cuántos de aquellos seres continuaban rondando cerca, pero sí podían ver que muchos se acercaban a los que hacían de reclamo. Finalmente Víctor se alzó lo suficiente como para echar una ojeada.

—Voy a ir —anunció—. Si no muero y el coche funciona, te pasaré a recoger.

—De eso nada. Vamos los dos —dijo Andy con firmeza.

Por nada del mundo pensaba quedarse sola. Víctor la miró, evaluándola.

—Un segundo —dijo, y desapareció por el agujero de la caseta donde habían pasado la noche.

Se escuchó un gruñido, varios golpes y un sonido de plástico roto. Su mano reapareció agarrada a la pequeña barra de hierro para vaciar la cisterna. Andy gateó por la superficie irregular de los techos para ayudarlo a subir.

—Toma —dijo, jadeando—. Si alguno se te acerca, se lo clavas en la cabeza.

Andy había comprobado como eso no los mataba, pero aceptó el arma improvisada sin decir una palabra y asintió. Al menos herirlos o desmembrarlos los limitaba lo suficiente.

Aun había zombis abajo, pero podían caminar por los techos de las casetas unos metros hasta el final del pasillo, que estaba despejado. Si llevaban a cabo rápido el proceso de bajar y subir por el otro lado, no deberían darles tiempo a alcanzarlos. Si no, estarían acorralados. Sin detenerse a pensarlo demasiado para no acobardarse, Víctor ayudó a bajar a Andy, que se descolgó a un metro del suelo y flexionó las rodillas para amortiguar la caída. Se levantó y corrió lo más rápido que pudo hacia la caseta de delante, con Víctor ya pegado a ella. Él colocó las manos entrelazadas para que ella apoyara el pie y la lanzó hacia arriba con fuerza. Quedó colgando por la cintura y, con gran esfuerzo, alzó unos palmos el cuerpo para poder levantar y apoyar una rodilla en el techo. Mientras tanto, Víctor volvió sobre sus pasos para coger carrerilla. Un extraterrestre venía hacia él con ese paso medio, que ni te alcanzaba a la primera ni te daba una especial ventaja. Un ritmo de asesino de película de terror. Se lanzó a la carrera y saltó, dándose impulso con el pie en la pared, para quedar aferrado al borde. Con insultante facilidad, trepó hasta arriba antes de que el ser lo alcanzara. Desde la torre se oyeron vítores.

—Bueno, no ha sido tan difícil, ¿no? —comentó, sin resuello por el esfuerzo y la tensión.

Se levantaron y se movieron hacia el toldo. Abajo había muchas más criaturas pululando entre los puestos de ropa.

—¿Dónde han visto esos un coche? —gruñó, mirando a un lado y a otro.

—Joder —Andy señaló hacia fuera del recinto—. Ahí está.

Al otro lado de la valla había una furgoneta algo destartalada, cuyo maletero se había quedado abierto de par en par. En él podían verse montones de camisetas negras en sus bolsas de plástico. Estarían reponiéndolas en algún tenderete y el propietario habría huido. O muerto.

—Tiene que haber algún hueco en la verja; no creo que hicieran viajes rodeando el recinto ni la escalaran cargados de camisetas. Vamos.

Saltaron de toldo en toldo, de forma más precaria en alguno de ellos, pero consiguieron llegar al final. Efectivamente, había una puerta entreabierta tras el último puesto. Víctor saltó y ayudó a Andy a bajar. Juntos atravesaron a toda velocidad los metros que les separaban de la furgoneta. La chica puso una mano sobre el tirador y saltó un grito cuando algo cayó sobre ella. Se retorció y pataleó, intentando quitárselo de encima. En cuanto tuvo un poco de perspectiva vio que Víctor estaba

sujetando al zombi extraterrestre que la había atacado. Enarboló la palanca de la cisterna y se la clavó varias veces en la cabeza, salpicando sangre azul por todas partes. El engendro quedó atontado, pero seguía moviéndose. Los jóvenes se apresuraron a subir a la furgoneta y cerrar las puertas. Se quedaron quietos un segundo, respirando agitados.

—Tenemos un coche y estamos fuera del recinto. ¿Qué nos impide ir a buscar ayuda? —preguntó Andy.

—Que esa gente cuenta con la nuestra —respondió con aplomo.

Quizá Andy tenía menos ética de la que pensaba, pero no quería morir. En cambio, Víctor quería sobrevivir, pero que también lo hicieran los que le rodeaban. Por eso ella estaba viva en ese momento. Y por eso supo que no estaría más segura con ninguna otra persona.

Lo observó en silencio. Delgado, de pelo castaño y rizado, chaleco vaquero con un parche del Painkiller en la espalda, sin camiseta debajo y con unos pantalones negros hasta las rodillas. Podía haber cientos así en el recinto. No habría reparado en él en pleno festival de haberse cruzado antes del desastre.

—Ponte el cinturón —dijo, mientras metía la marcha atrás para coger impulso. El zombi extraterrestre herido se había arrastrado penosamente hacia el vehículo y las ruedas le

pasaron por encima con un desagradable sonido pegajoso.
Se alejó todo lo que le permitió el espacio antes de toparse con un árbol y aceleró para echar abajo la valla. El fuerte impacto solo consiguió abombarla un poco y darles dolor de cervicales.
—¡Me cago en Dios! —bramó, haciendo retroceder un poco el vehículo. Se quitó el cinturón con furia y bajó de la furgoneta. Corrió hacia la valla y levantó una esquina hasta sacarla del hueco del bloque de hormigón donde estaba encajada y empezó a tirar de ella hacia sí hasta dejar un hueco lo suficientemente amplio para poder pasar. El problema era que una horda de zombis se dirigía hacia ellos.
Víctor cerró la puerta y arrancó sin ponerse el cinturón.
Andy se agarró al borde del asiento con fuerza y pegó la cabeza hacia atrás mientras las criaturas se estrellaban contra el parachoques. Esa furgoneta era demasiado vieja y destartalada para soportar tanto atropello, pero tendría que aguantar hasta cruzar el recinto. Pasada la aglomeración en la zona del mercadillo pudieron llegar con relativa facilidad hasta la torre de sonido. Víctor abrió la ventanilla el hueco justo para que los que estaban allí le escucharan, pero no para que entrara una mano de zombi.
—¡Saltad al techo los que quepan! ¡Luego haremos otro

viaje!

Frenó un momento y se escucharon dos golpes metálicos sobre sus cabezas y un “¡ya!”. Aceleraron de nuevo hacia la valla que separaba la primera fila del foso, pero ese tramo era mucho más difícil. El camino estaba sembrado de cadáveres y vasos de litro, además de los ya consabidos extraterrestres. La furgoneta fue saltando y dando tumbos, y los ocupantes del techo tenían que repeler a patadas a los zombis que se les echaban encima. Tras lo que pareció una eternidad, consiguieron salvar esos metros y los dos primeros rescatados saltaron al foso.

—¿Cuántos más hay? —preguntó Víctor, con la cara de una de las criaturas pegada al cristal.

—¡Tres más! —contestó un chico rubio con camiseta roja.

Andy lo reconoció.

—¡Eh! ¡Es Birraman! —exclamó.

—¡Me alegro de que lo consiguieras, tío! —gritó Víctor, dando marcha atrás.

Tuvieron que dar un rodeo para volver a la torre, ya que los zombis iban tras el coche y se habían acumulado demasiados como para poder avanzar. Esta vez recogieron a los restantes supervivientes desde el otro lado.

—¡Saltad los tres! ¡No sé si esta mierda aguantaría otro

viaje!

Se escucharon los correspondientes golpes en el techo y Víctor llevó el coche hacia el extremo opuesto para evitar la marabunta de zombis que ya los perseguía, bordeando la barra en la que Andy se encontraba cuando se desató la locura. Entonces, uno de los ocupantes de arriba cayó al suelo y dos extraterrestres se echaron sobre él. Andy se desató y saltó a la parte trasera del vehículo, abriendo la puerta y tendiendo el brazo para intentar coger al pobre infeliz.

—¡Dame la mano! —gritó. Víctor frenó un segundo mientras Andy tiraba del chico hacia dentro de la furgoneta. En ese momento, uno de los dos zombis de los que se había zafado le dio un mordisco en la pierna, arrancándosela de cuajo. El chico gritó con toda la fuerza de sus pulmones mientras Andy lo empujaba al fondo y propinaba una patada a la cabeza de la criatura para poder cerrar la puerta.

—¡Tranquilo! —exclamaba Andy, intentando agarrarle el muñón.

—Hazle un torniquete —dijo Víctor, mientras retomaba la conducción frenética.

—¿Con qué?

—Yo que sé. Con tu camiseta —replicó.

—¡Una puta mierda! ¡No voy a joder mi camiseta de los

Judas!

Andy sacó la bandeja del maletero y extrajo una de las camisetas que había allí. La sacó rápidamente de su envoltorio. Era de Savatage y molaba mucho. Se le pasó por la cabeza la idea de probar suerte con otra, pero no podía perder más tiempo. Aquel chaval se estaba desangrando ante sus ojos. La rasgó y procedió a rodear el muslo y hacer un nudo, apretando lo máximo posible y con la mayor precisión que le permitían los constantes botes.

—¡Listo! —exclamó.

—Bien hecho —respondió Víctor, concentrado en esquivar un pequeño grupo de extraterrestres difíciles de atropellar. Por algún motivo, que precisamente alguien valiente como él elogiara su acción la hizo sentir especialmente orgullosa. Llegaron a la valla y los dos que quedaban arriba saltaron sin mayor dificultad. El problema lo tendrían ellos para salir de la furgoneta, sobre todo teniendo que cargar con el chico tullido. Entonces, Birraman apareció en el foso portando la manguera con la que rociaban agua a la gente del público en las horas de más calor. La había abierto con la presión al máximo y ahuyentaba con ella a los zombis que se les aproximaban demasiado. Gracias a él, ganaron el tiempo necesario para poder bajar al chico entre los dos y pasárselo a los

supervivientes que ya estaban al otro lado, para después pasar ellos.

Birraman cerró el grifo una vez estuvieron todos a salvo y Andy apoyó las manos en las rodillas, riendo nerviosamente por el alivio. Levantó la vista y su mirada se cruzó con la de Víctor. Ambos se abrazaron sin dejar de reír.

—Lo hemos conseguido —dijo él.

—Gracias a ti —contestó ella.

—¡Eres un puto héroe! —chilló un hombretón con pinta de oso, corriendo a estrujar a Víctor—. ¿Habéis visto lo que ha hecho?

Y empezó a relatar lo que ya acababan de vivir de forma entusiasta mientras subían al chico tullido a la tarima en busca de un acceso al

. En el escenario contiguo todavía

colgaba el telón con el logotipo de Judas.

Pasaron junto a los equipos de música e instrumentos que los pipas habían abandonado de cualquier manera. Los amplificadores seguían conectados, a juzgar por el zumbido que emitían.

Entonces, un zombi salió de detrás de la batería. ¿Cómo había conseguido colarse? ¿El sitio estaría igual de invadido que el resto y sus esfuerzos habrían sido en vano? Pero no había

tiempo para hacer conjeturas. El ser se había abalanzado sobre Víctor, que había dado un paso atrás para estabilizarse y había conseguido conservar el equilibrio.

Andy, que estaba a cierta distancia, cogió una de las guitarras y se la lanzó. Víctor la agarró por el mástil y bateó la cabeza del zombi con ella. Con el impulso, el instrumento chocó con el amplificador, produciendo un ruido de acople infernal.

Todos hicieron una mueca al oírlo, algunos más exageradamente que otros. Pero, sin duda, la reacción más interesante la tuvo el zombi extraterrestre. Éste emitió algo parecido a un chillido y, contra todo pronóstico, su cabeza explotó. El cuerpo cayó pesadamente al suelo, definitivamente muerto. Todos lo contemplaron, boquiabiertos.

Víctor aparto la mirada del cadáver de la criatura y alzó los ojos despacio hacia el mar de zombis que se extendía a sus pies.

—Creo que tengo un plan —murmuró.

Los supervivientes traspasaron el umbral trasero del escenario y se llevaron una gran sorpresa: había abundante actividad. Eran muchos los que habían conseguido refugiarse en la zona segura tras la invasión. Casi todo el personal del festival, y aproximadamente un par de centenares o más de asistentes. La mayoría yacían por el suelo desperdigados y alzaban la cabeza con expresión somnolienta al verlos aparecer. Era temprano; muchos debían estar durmiendo aún.

—¿Hay algún médico? —preguntó Víctor en alto.

Rápidamente aparecieron dos hombres con camisetas blancas y rojas y se ocuparon del tullido. Mientras tanto, otro hombre de mediana edad con una tarjeta colgada del cuello que lo identificaba como miembro de la organización salió a recibirles.

—¿Habéis conseguido sobrevivir toda la noche ahí fuera? —exclamó, perplejo—. ¡Tenéis unos cojones de acero!

—No ha sido por gusto —contestó Víctor—. Lo raro es que vosotros hayáis sobrevivido también. Había uno de esos bichos en el escenario. Hay una brecha en alguna parte.

—La había, pero la hemos cerrado y asegurado el perímetro. No sabíamos que había quedado uno dentro.

—¿Sabéis algo de todo esto?

—Está pasando en todo el mundo —dijo un chico enjuto,

con el pelo corto y gafas, que había salido de la nada—. Es Trending Topic. #Zombiesfromouterspace

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Juanra. Soy el Community Manager del festival.

—¿En una de esas profesiones de mierda que solo sirven para internet? —preguntó Víctor. Andy lo miró, cada vez más prendada. Ella también creía que el mundo tecnológico se estaba yendo al absurdo, pero su problema se centraba más en los que se creían críticos por tener un

.

—¿Y quién cojones eres tú? —inquirió Juanra, claramente ofendido.

—Un cliente. Trátame bien —replicó Víctor.

—Bueno chicos, calmaos. Ya estáis a salvo. Será mejor que busquéis un hueco y descanséis. Seguro que ha sido una noche dura —dijo el organizador, que parecía ser el líder de los supervivientes, poniendo una mano sobre el hombro de Víctor—. Estamos racionando la comida y el agua, así que os daremos algo en el próximo reparto. Podéis poneros por aquella zona —señaló donde estaba la mayoría de la gente vestida de calle—. Son los asistentes que estaban en las primeras filas y consiguieron saltar antes de que los zombis

llegaran hasta ellos.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Víctor.

—¿Plan?

—Somos muchos y la comida, por mucho que la racionéis, quizá no dure demasiado.

—Sí, ya. Bueno, podemos echaros a los zombis y seremos menos a repartir. ¡O comeros! Jejejeje es broma hombre. No me mires así. De momento estamos esperando a ver si interviene el ejército o qué. Nosotros no podemos combatir, solo resistir.

Andy vio el recelo reflejado en la cara de Víctor. Cuando el organizador se marchó y su pequeño séquito de rescatados de la torre de sonido se dispersaron, aprovechó para preguntarle.

—¿Por qué no le has contado lo del ampli?

—Porque no piensan hacer nada. Van a esperar a que alguien les salve el culo y no les importamos lo más mínimo.

—Entonces, hagamos algo nosotros —insistió ella.

—Necesitamos su ayuda para hacer algo efectivo —masculló. Luego sacudió la cabeza, como queriendo alejar ese pensamiento—. En fin, démosles algo de crédito y esperemos a ver qué pasa. Voy a ver si encuentro a mis colegas —dijo de repente, dándole unos golpecitos en la espalda con la mano y dejándola allí plantada. Andy no podía creérselo.

Sin saber qué hacer ni dónde ir, deambuló entre la gente

buscando alguna cara conocida, aunque sin ninguna esperanza. El sol ardía en su piel y no había ningún sitio donde cobijarse salvo las instalaciones de la organización, que estaban vetadas a la gente de fuera. Finalmente decidió volver al escenario, donde al menos podría encontrar algo de sombra. Intentó dejar la mente en blanco mientras observaba a los seres cabezones y amarillentos que se paseaban a sus anchas por el recinto, ignorando el hambre. En algún momento se debió quedar dormida.

Se despertó bien entrada la tarde con el cuerpo acalambrado y dolorido. Dio un respingo al descubrir que había alguien a su lado.

—Hola —saludó Víctor.

—Hola —contestó ella, sin mirarlo directamente—. Pensaba que no te vería más.

—¿Y por qué ibas a pensar eso? —Andy obvió la pregunta e inquirió a su vez.

—¿Has encontrado a tus amigos?

—He encontrado a algunos. Son ultra fans de los Judas y estaban por las primeras filas. Saltaron los primeros. Dicen que los están tratando como a borregos. —Andy se encogió de hombros.

—¿Y qué esperabas? —replicó. Víctor no contestó.

Simplemente se giró para coger algo que había en el suelo, junto a él, y se lo tendió.

—No se lo digas a nadie. Te he robado esto.

Era un trozo de pizza rígido y frío, pero era comida. Andy se emocionó.

—Gracias —murmuró. Víctor se levantó y echó a andar hacia el extremo del escenario. Entonces, se agarró a la estructura y empezó a trepar—. ¿Dónde vas?

—Arriba. A ver si hay movimiento en la ciudad.

Tardó bastante rato, durante el cual, Andy estuvo en tensión rezando para que no se cayera. Finalmente vio su figura en lo alto que iniciaba el descenso.

—¿Algo destacable? —preguntó.

—Algún helicóptero de vez en cuando. Pero, en general, poca cosa —respondió, sentándose junto a ella—. Creo que están dando palos de ciego.

—Puede que nosotros seamos los únicos que sabemos cómo matarlos. —Víctor asintió.

—He estado hablando con algunos de los supervivientes. La noticia de nuestra llegada y que nos hemos cargado a uno se ha extendido ya. La mayoría está dispuesta a luchar —Andy lo miró.

—Cuenta conmigo.

Puestos a morir de hambre sin hacer nada, mejor hacerlo intentando sobrevivir.

—¿Sabes? Te había visto en el camping. Mi tienda estaba cerca de la tuya —dijo Víctor de repente—. ¿Alguno de los que iban contigo es… era…?

—No, por Dios —interrumpió ella, pensando en aquella panda de inútiles. Sintió una punzada de culpabilidad por ello al recordar que probablemente estarían muertos.

—Mejor —afirmó Víctor, poniéndole la mano en la mejilla y girándola hacia sí.

—¿Crees que es buen momento? —preguntó Andy, más por dejar constancia de un pensamiento racional que por falta de ganas. Víctor se encogió de hombros.

—Mañana podríamos estar muertos.

Andy le sostuvo la mirada unos segundos.

—Tienes razón.

Se besaron furiosamente, arrancándose la ropa mientras el sol iniciaba su descenso en el primer atardecer de ese nuevo mundo.

Volvieron juntos con el resto del grupo un rato más tarde.

La gente parecía agitada. Un par de hombres de treinta y tantos con aspecto de gustarles el Metal Progresivo se les acercaron con semblante grave.

—Hemos estado estudiando el asunto del amplificador y tenemos una mala noticia —dijo uno de ellos.

—No basta para matarlos a todos —continuó el otro.

—Ya lo sé. Solo se cargó a uno —contestó Víctor—. Estaba presente.

—Me refiero a aunque lo pusiéramos a tope. La frecuencia necesaria… —empezó el primero.

—Dime solo lo que hace falta —interrumpió.

—Una voz humana lo bastante potente. A ser posible, situada entre el rango de tenor y soprano, y aun así no estamos seguros de si podría acabar con todos en una superficie lo bastante grande, ni al cien por cien —respondió el segundo.

—Pero mejor eso que nada —intervino Andy—. Diez extraterrestres serán más fáciles de matar de forma individual que cien.

—Reunid todo lo que pueda servir de arma y llevadlo a los escenarios. Yo iré a buscar una voz poderosa.

—¿Y dónde piensas encontrarla? —preguntó uno de ellos, incrédulo.

—¿En serio? Estamos en un festival heavy. Si hay algo aquí, son grandes voces de penetrantes agudos.

—¿Crees que siguen aquí? Se habrán ido ya en sus grandes furgones machaca-aliens a un sitio más seguro. Y aunque

estuvieran, los de la organización no dejarán que te acerques.

—Si es así, pasaremos al plan B. Montaremos todos los amplis que encontremos y los pondremos a todo volumen. Después lucharemos y les atraeremos lo más cerca posible del escenario para matar cuantos más mejor con cada ataque sonoro —contestó Víctor, clavándole un dedo en el pecho al metalero progresivo.

—¡Te lo dije! ¡Este tío nos va a salvar a todos! —exclamó con alegría una voz cercana. Era el heavy con aspecto de oso.

—Preparadlo todo. Voy a ver a quien encuentro —dijo, dando media vuelta y echando a andar. Inmediatamente todo el mundo se puso en movimiento sin rechistar. De alguna forma, se había convertido en el líder.

—¡Voy contigo! —exclamó Andy, corriendo junto a él.

Traspasaron sin incidentes la carpa restaurante. Los camerinos estaban al otro lado. Caminaron firmes y decididos hacia el más cercano pero, antes de llegar, dos hombretones grandes con camisetas negras e identificación de la organización los interceptaron.

—Esta es un área restringida —dijo uno de ellos, algo más bajo que el otro. Aun así, le sacaba dos cabezas a Víctor.

—Tenemos algo que comunicar a los grupos.

—Aquí no podéis estar —insistió el guardia.

—Mira, ya no tenéis autoridad. El mundo ha cambiado y ahora todos somos iguales. Solo intentamos sobrevivir y necesitamos la ayuda de los músicos.

Los dos guardias de seguridad lo miraron con una mezcla de burla y escepticismo.

—Tira, anda. Tiiiiira —dijo el más alto, haciéndole un gesto con la mano.

—¡No! —respondió Víctor con rotundidad—. ¡Esto también os incumbe!

Entonces, Andy reparó en que las puertas de algunos camerinos estaban entreabiertas y varias personas los observaban. Los miró con seriedad, intentando transmitir una firmeza y una seguridad que no sentía en absoluto. Entonces reconoció a una de las figuras. Una silueta calva y con perilla a contraluz en medio de un par de cabezas rubias.

—Víctor… es él —dijo, temblorosa.

El chico siguió la dirección de su mirada e hizo un quiebro a los guardias para salir corriendo hacia el camerino. Andy se apresuró a seguirle detrás de los de seguridad.

Víctor corrió veloz hacia pararse a un metro del Metal God, con los guardias intentando alcanzarlo. Entonces, se arrodilló.

—Señor, necesitamos su ayuda —dijo Víctor, en un inglés chapucero pero efectivo. Un poco teatral para Andy, pero ella

también se sentía sobrecogida por la cercanía de una leyenda viviente.

Los guardias agarraron a Víctor por los brazos y lo levantaron con brusquedad.

—¡Tenemos un plan para acabar con los zombis, pero necesitamos una voz como la suya! —gritó Andy. Uno de los de seguridad le hizo una seña al otro para que la cogiera también a ella, pero el Metal God intervino.

—Dejadlos —dijo, con voz clara y limpia. Entonces se dirigió a ellos—. Chicos, yo ya no tengo la misma voz que hace cuarenta años. No os puedo ser de ayuda.

—Tenemos que intentarlo —insistió Víctor—. Es cuestión de vida o muerte.

—Lo siento mucho. —El Metal God sacudió la cabeza y cerró la puerta del camerino.

Víctor se sacudió de encima al guardia, agarró la mano de Andy y echó a andar de vuelta a los escenarios.

—¿Habéis conseguido algo? —preguntó uno de los treintañeros que habían urdido el plan. Víctor soltó a Andy y procedió a inspeccionar los preparativos.

—Estamos solos —contestó Víctor. Se volvió hacia el Community Manager—. Eh tú, el tuitero metalero.

—Que me llamo Juanra —replicó éste, hosco.

—Pues eso. ¿Se sabe algo más?

—No. Muchos servidores están empezando a fallar.

Algunos se mantienen en funcionamiento, pero con ninguna actualización de interés para nosotros.

—¿Cuántas armas hemos conseguido reunir? —preguntó, volviéndose hacia un chico imberbe, con el pelo lacio y elásticos de leopardo, que parecía haberse puesto al cargo de organizar el arsenal.

—Estamos reuniendo barras de hierro de longitud y tamaño adecuado para todos —respondió, señalando una pila en el suelo junto al escenario mientras caminaban observando el ajetreo—. Pero será mejor que nadie intente trepar por el escenario oeste.

—¿Ese cuál es?

—Emmmm… en el que estamos. Por eso hay gente desmontándolo.

—Vale. ¿Qué más?

—Hemos conseguido hacer un par de lanzallamas caseros con los proyectores que quedaban del concierto de los Nightwish —continuó—. Y hay al menos veinte

.

—¿Sólo veinte? —se sorprendió él—. ¡Pensaba que habrían sobrevivido más!

—La mayoría estaban en la barra bebiendo y no lo consiguieron, señor.

—“Señor” tu puta madre. Gracias, chico ochentero. Sigue a lo tuyo —ordenó, haciendo un asentimiento con la cabeza antes de volverse hacia lo que no mucho antes era una masa enardecida de metaleros dándolo todo en los conciertos. Ahora sólo era un campo de cadáveres plagado de zombis extraterrestres esperando su oportunidad de despedazar a los que aún quedaban. Y ellos estaban a punto de servirse en bandeja.

Andy se acercó por su espalda y se quedó junto a él en silencio. Víctor le rodeó los hombros con el brazo.

—Si sobrevivimos a esto, ¿querrás ir conmigo a ver un concierto de verdad de los Judas?

—Claro que sí —sonrió Andy.

Horas más tarde, todos estaban en sus puestos. No tenía sentido esperar. Estaban muertos de hambre y eso solo serviría para debilitarlos más. Habían encendido algunos focos en contra de la voluntad de los de la organización que iluminaban la zona del público.

Víctor se volvió hacia el pequeño ejército y alzó un brazo empuñando una barra de hierro.

—¡Quiero oír el lamento de guerra llamando en el viento!

—exclamó—. ¡Dejadme ver las banderas volar antes de que empiece la tormenta!

Todos estaban algo pasmados por ese discurso tan extraño.

—Dejadme sentir a los espíritus elevándose. ¡Destruid al enemigo! ¡Golpead el núcleo del mal para que el mundo lo vea!

Se escucharon algunos vítores conforme la gente empezaba a reconocer la letra. Andy la captó a la primera y sonrió para sí.

—¡Este día durará para siempre en los corazones de los hombres! —gritó.

—

—

entonaron a coro la mayoría de los presentes, alzando las diferentes armas improvisadas.

Entonces, de alguna parte a su izquierda se oyó un rugido metálico. Todos se volvieron con los ojos desorbitados cuando el telón del escenario contiguo cayó y apareció una Harley Davidson montada por el Metal God en persona, cruzando la tarima hasta detenerse al borde. Los focos se encendieron, los amplificadores chirriaron. Varios pipas se apuraban en preparar todo mientras algunos músicos de diferentes grupos empuñaban los instrumentos. Un chico tembloroso le pasó un micrófono al Metal God y éste se lo acercó a la boca. Profirió un grito agudo, alzando el puño contrario.

La música empezó a sonar y el ejército rugió. Los portadores de los lanzallamas envolvieron en una nube de fuego a los zombis extraterrestres que se agolpaban en las primeras filas, mientras un hombre gordo de pelo canoso recogido en una coleta encrespada rociaba de agua con la manguera al resto del ejército. Después, con un grito de batalla desgarrador, los combatientes se lanzaron al foso y escalaron la valla para enfrentar a las criaturas.

Andy corrió hacia una de ellas y le asestó un mandoble con todas sus fuerzas. No fue suficiente para arrancarle la cabeza, pero consiguió deformársela gravemente y continuó golpeando hasta derribarlo y desmembrarlo, clavándole la barra repetidamente.

Víctor empujó de una patada a un zombi con tanta fuerza que hizo caer a otro que tenía detrás y aprovechó para empalar sus dos cabezas juntas contra el suelo. Se volvió y pidió a gritos otra barra.

Birraman había cambiado su vara con bandera por algo más contundente y atacaba con la misma ferocidad, pero fue acorralado por varias criaturas. Con un chillido desgarrador, su

voz se apagó para siempre en medio del fragor de la batalla.

Los
formaban un bloque sólido y letal que dejaba
a su paso un reguero de miembros de extraterrestre. Andy
alcanzó a ver brevemente como algunos usaban hasta los
dientes.
En algún momento, la canción terminó. O puede que
dejaran de cantarla sin más. Algunos de los músicos se habían
unido a la batalla usando sus propios instrumentos como arma.
Los que aun resistían se concentraban en sobrevivir y dejar
fuera de combate a la mayor cantidad de criaturas posibles y
atraer a las del fondo. Los trabajos en el escenario se estaban
retrasando.
Entonces, cuando ya sentían que los consumía el desgaste y
la desesperanza, un conocido ritmo de batería los hizo revivir.
Empezaron a sonar los primeros acordes del Painkiller y los
combatientes estallaron en gritos y reanudaron el ataque con
renovadas energías. Andy echó un vistazo rápido al escenario y
pudo ver al Metal God, cantando con la cara roja y contraída
por el esfuerzo. A su alrededor había una actividad frenética.
Los amplificadores se habían multiplicado y los pipas se
apresuraban en ponerlos todos en funcionamiento.

—¡Resiste! —le gritó Víctor apareciendo a su lado, cubierto casi de la misma cantidad de sangre roja que de azul—. ¡Ya queda poco!

—¿Estás herido? —exclamó ella, alarmada.

—¡No es mía! —contestó, por encima del estruendo de la canción mientras la empujaba a un lado y bateaba la cabeza de otro extraterrestre.

Le dio la mano para ayudarla a levantarse mientras un pipa con unos cascos enormes cogía otro micrófono y exclamaba:

—¡Tapaos todos los oídos! ¡Vamos a subir a tope!

Todos los que estaban sobre el escenario llevaban ya cascos o se tapaban las orejas con las manos. Ellos los imitaron mientras un grupo de zombis alienígenas los rodeaba.

—Espero que funcione —masculló Andy, cerrando los ojos.

Pese lo mucho que se apretara los tímpanos, podía escuchar el sonido amortiguado.

Un grito agudo y desgarrador que fue aumentando hasta alcanzar un volumen brutal. Por más que intentara protegerse, le dolían los oídos y se agachó con un grito, presionando más

fuerte con las manos. Abrió los ojos en el momento en que las cabezas de los zombis estallaban, cubriendo todo y a todos de sangre espesa.

Tras eso se hizo un silencio sepulcral, solo roto por el zumbido de los amplificadores. El Metal God se encontraba arrodillado, jadeando por el esfuerzo. Andy volvió la vista hacia Víctor, cuyos ojos eran dos manchas blancas y negras bajo un manto azul oscuro. Ella debía tener un aspecto similar.

Tardaron unos segundos en asimilar que había funcionado; que todos los zombis extraterrestres del recinto estaban muertos.

Los supervivientes alzaron los puños entre vítores y Andy y él se fundieron en un abrazo, con una sonrisa en los labios. De los casi doscientos que había iniciado la batalla, quedaban aproximadamente la mitad. Los focos se apagaron y el zumbido de los amplificadores cesó, pero los oídos de todos los presentes que aún estaban vivos seguirían martilleando durante días.

Víctor se aproximó al escenario y saltó la valla para encaramarse después a la tarima.

—¡Tenemos que avisar al resto del mundo! —exclamó, haciendo un gesto hacia el Community Manager.

—¡Ya lo saben! He anunciado lo que íbamos a hacer y luego lo he retransmitido en

. “

” es… —

empezó a explicar.

—Sé lo que es —cortó él—. Veo “Juego de tronos” por internet, como todo el mundo.

—Bueno… pues los gobiernos ya están empezando a organizarse para freírles la cabeza en grandes áreas de población.

—De puta madre —masculló, dándose la vuelta y encontrándose cara a cara con el Metal God. Volvió a arrodillarse frente a él de inmediato—. Nos ha salvado a todos, señor.

—Llámame Rob —dijo. Él se estremeció de emoción. Si es que alguno de sus amigos seguía vivo, iba a morirse de envidia.

—Gracias Rob.

El Metal God asintió y subió en su moto para desaparecer tras el escenario, posiblemente de vuelta a su camerino hasta que pudieran evacuarlo satisfactoriamente.

Las primeras luces del alba despuntaban ya, iluminando el rostro de Andy con una tenue luz rosada.

—Ven aquí, mi Princesa del Amanecer. —Él abrió los brazos y la tomó por la cintura—. Todo ha terminado.

—¿Estás seguro? —contestó ella, con la duda en su voz—. Es que no lo entiendo. ¿Cómo esos bichos han podido llegar

hasta aquí en naves sofisticadas y luego no son capaces de trepar una valla?

—Yo también lo he pensado. Quizá no sean ellos los que pilotaban las naves.

—¿Entonces quién? ¿Y qué pretendían con esto? —Él se encogió de hombros.

—Que les hicieran el trabajo sucio y limpiaran el planeta —respondió—. O quizá eran una plaga y querían deshacerse de ellos, sin más. Espero no tener que averiguarlo.

—Yo tampoco —murmuró Andy, contemplando el suelo.

A los cadáveres humanos se añadían ahora los de los zombis extraterrestres.

—Alguien debería hacer una canción sobre esto —comentó él, tras unos segundos de silencio.

—Seguro que ya existe —repuso ella—. En el tema de los zombis ya está todo inventado.

ZOMBIES FROM OUTER SPACE!!!